

ADORACION.

Dominum Deum tuum adorabis.

Adorarás al Señor Dios tuyo.

(*Matth. iv, 10.*)

Hay ciertas verdades que por sabidas debieran callarse, y otras, que por estar sancionadas con el voto unánime de todos los pueblos, no debieran discutirse. Entre unas y otras debe contarse la necesidad de adorar á Dios, y no nos detendríamos á demostrarlo, si no tuviésemos en cuenta la triste época en que vivimos. En efecto: es necesario no echar en olvido, que nuestro siglo ha tenido la osadía de llamarse á sí propio ilustrado, y que es mas bien siglo de retroceso y de ignorancia, por el pirronismo universal que le caracteriza. Este siglo de materialismo, como le llamará la posteridad, no se ha satisfecho con ejercer su fatal influencia sobre la tierra, sino que ha llevado sus pretensiones hasta declarar la guerra, digámoslo así, al mismo Dios, y disputarle sus derechos. Uno de estos, el que ha merecido especiales ataques del filosofismo, ha sido la adoracion que debemos á Dios; la filosofía ha pretendido, sin duda, que recaigan sobre ella las adoraciones de los hombres, para dominar como señora en el mundo. ¡Infeliz época que presenciara este triunfo, si fuese posible conseguirlo! Por eso vamos á demostrar, que debemos adorar y servir á Dios; y cuanto nos interesa que le adoremos y sirvamos. Dios, considerado en sí, es todo grandeza, poder, autoridad, majestad; pues bien, por estos títulos estamos obligados á adorarle y servirle. Dios, respecto de nosotros, es todo bondad, ternura, amor, misericordia; por estos títulos conoceremos el modo con que debemos adorarle y servirle. Hé aquí el asunto y division de este discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para confundir y humillar toda altivez que ose levantarse contra Dios, permitaseme engolfarme desde luego en la profundidad

de este piélago inmenso. Un asunto tan grande, tan sublime y tan elevado, entusiasmo y excita en el alma un brio, que ni da tregua para elegir colores, ni meditar las expresiones. Olvidaos, oyentes, de todo, olvidaos del que habla. ¡Qué dicha seria la vuestra y la mia, si no vieseis ni oýeseis á otro, que al Dios tan digno de ocupar por completo vuestro corazon y entendimiento!

Si en la sociedad civil reconocemos títulos de grandeza, de elevacion, de preeminencia y de autoridad, que dan á unos el derecho de mandar, que sujetan á otros á la necesidad de obedecer; si reconocemos vínculos de subordinacion legitima, que someten los pueblos á la voluntad de los grandes, de los príncipes y reyes de la tierra; si comprendemos que hay hombres, que por la posicion que ocupan en el mundo, deben ser servidos y respetados por los demas hombres, ¿osaremos nosotros disputar á Dios el derecho de exigir nuestra sumision y obediencia? ¿Qué son, en resúmen, esas grandezas humanas que el mundo respeta y adora? Una pálida imágen, una vana y transitoria sombra de la grandeza de Dios, verdadera grandeza propia é intrínseca: grandeza que nace y se deriva del mismo Dios. Pero los hombres solamente son grandes por otros. Palacios magníficos, corte numerosa, vasto imperio y dilatados dominios; ejércitos poderosos, pueblos dóciles y obedientes: esto constituye la grandeza de los hombres; esto los sustenta, y á veces ni esto basta á mantenerlós. La grandeza humana es grandeza exterior. Despojad á los grandes de ese aparato exterior de brillo, de pompa, de majestad que deslumbra, que hiere la imaginacion: consideradlos en sí; y ¿qué vereis? meros hombres, y acaso ménos que hombres; pues las virtudes que ennoblecen á la humanidad rara vez se avienen con los dictados que hinchán y fomentan la vanidad; no parece sino que el cielo las tiene reservadas para otras clases, como para resarcirlas con riquezas espirituales de los bienes de fortuna, de que las priva.

2. La grandeza humana es vacilante é incierta. Un imperio no se levanta sino sobre las ruinas de otro imperio; al paso que un pueblo ensancha los límites de su jurisdiccion, la misma prosperidad le desengaña; y en la destruccion de las naciones que arruina, lee la sentencia de su suerte. Es grandeza postiza. El poder de los reyes proviene del de los reinos: del valor y de la multitud de los vasallos dependen las fuerzas y la autoridad del príncipe. Es grandeza, que con mucha frecuencia perjudica á la grandeza verdadera. Es grandeza, que de sí misma y por sí misma no hace al hombre verdaderamente grande. Así que los hombres son grandes por otros, y Dios es grande por sí mismo. Porque para ser grande, no tiene necesidad si-

no de sí propio: es rey verdadero, porque nada debe á su pueblo, antes su pueblo le debe á él todas las cosas, y porque el universo, que le adora, es obra de sus manos. La grandeza de Dios es grandeza libre é independiente: grandeza pacífica y feliz: grandeza fuente de felicidad. La grandeza de Dios es una grandeza infinitamente poderosa. El poder humano por vasto que sea, está circunscrito dentro de ciertos términos y límites. Podeis acaso mucho; pero no lo podeis todo: ó acaso lo podeis todo contra muchos, pero no podeis nada contra todos; y cuando vieseis finalmente postrado á vuestros piés todo el universo, hay un Dios, contra quien nada podeis, y quien todo lo puede contra vosotros. La grandeza de Dios es pura, pues no la oscurece ninguna sombra. La grandeza de Dios es eterna. Todo pasa, todo perece, todo se destruye, todo se hunde acá abajo; y nada desaparece mas velozmente que la misma grandeza. Las fortunas mas prósperas están sujetas á las mas tristes y prontas mudanzas: no parece sino, que para despertar nuestro Dios en los hombres la memoria de su majestad suprema, y manifestarles con ejemplos memorables la inestabilidad de las cosas terrenas, se complace en destruir las obras de la industria y de la vanidad humana, reduciendo á pavesas esos idolos tan adorados. Yo ví, dice David, levantarse como el humo esos grandes del mundo, y noté que se desvanecieron como él. Ví tambien crecer de repente esos cedros que cubrian con su sombra á las naciones de la tierra: pasé adelante: desanduve el camino, y no hallé ya sino un tronco seco y carcomido, cuyas hojas servian de juguete al viento. Yo ví, dice Job, esa flor, que por la mañana abria su capullo haciendo ostentacion de los mas vivos colores, y la ví por la tarde mustia y marchita. Monarcas, conquistadores, grandes, políticos, ingenios famosos, admiracion y asombro de su siglo: ¿qué viene á ser todo? un torrente que se precipita con ruidoso estrépito, del cual no quedan inmediatamente sino los vestigios de su curso, y aun estos vestigios desaparecen luego. Así los grandes personajes se sepultan en el olvido; pues cuando los hombres ya no existen, pronto se olvida lo que fueron; ó si su gloria dura despues de su muerte, no les aprovecha nada, porque los elogios no tienen eco en la estancia silenciosa del sepulcro. Pero vos, Señor, Dios eterno é inmortal, siempre igual, siempre semejante á vos mismo, estais contemplando todos los tiempos que se desprenden del seno de la eternidad sin que os afecten: *Tu autem idem ipse es*. Lo que sois ahora, ya lo erais antes del origen de los siglos: pasarán los siglos, arrebatarán tras sí todo lo criado, pero despues de todos los siglos vos seréis siempre lo que sois ahora: contemplando el espectáculo de las continuas revolucio-

nes que mudan la superficie de la tierra, vos veis el principio y fin de todas las cosas; y la eternidad, que fué vuestro principio, será vuestra duracion.

5. No digamos ya, pues, ¿quién es Dios para que yo le sirva? *Quis est Omnipotens ut serviamus ei?* Antes digamos, ¿quién soy yo para no obedecer á Dios cuando se digna de hablar? ¿Quién soy yo para contradecir á una voluntad tan respetable, para oponerme á una autoridad tan absoluta, para sublevarme contra una majestad tan infinita, para provocar una injusticia tan rigurosa, para irritar una cólera tan terrible? Porque si quereis ver, amados oyentes míos, un misterio, que en cierto sentido parece tan incomprensible, como el misterio de la grandeza de Dios, mirad nuestra rebeldía contra Dios: mirad su religion entregada entre nosotros á la temeraria curiosidad de tantos entendimientos soberbios, que blasfeman lo que ignoran: sus mas augustas verdades calificadas de delirio y de escándalo; infringidas sus mas sacrosantas leyes; profanadas sus fiestas; despreciado su culto; violados alguna vez su templo y sus altares; vednos resistir á su voluntad; conculcar su autoridad; dejarnos arrastrar sin vergüenza y sin remordimientos de todos los deseos de una concupiscencia desenfrenada; despreciar sus amenazas; renunciar sus promesas; provocar sus venganzas, desconocerlas, negarlas, hasta ruborizarnos de ser suyos, hasta tener locamente por blason levantar bandera contra él.

¿Qué letargo, qué embriaguez tan profunda puede comunicaros tanto atrevimiento? ¿Qué es el hombre comparado con Dios? ¿Qué viene á ser ese hombre flaco y frágil, comparado con Dios fuerte y omnipotente; ese hombre abatido y servil, comparado con el Dios de gloria y de majestad? ¿Qué viene á ser ese hombre infeliz y deplorable, comparado con aquel Dios de paz y de felicidad; ese hombre de error y de tinieblas, comparado con el Dios de luz y de verdad? ¿Qué viene á ser ese hombre sujeto á tantas pasiones y vicios, comparado con aquel Dios de las virtudes y de la santidad; ese hombre momentáneo, comparado con Dios eterno? Y si el hombre cotejado con Dios y puesto en parangon con Dios, no es mas que una sombra vana que se desvanece al menor rayo de esta fuente de las luces; ¿qué será la grandeza humana comparada con la grandeza de Dios? Y siendo tal el abismo y la profundidad inmensa de la miseria del hombre en cotejo con Dios, ¿qué delirio, qué frenesí, qué fanatismo agita al hombre prodigiosamente, cuando se opone á Dios, y se rebela contra Dios? Pasmaos y estremeceos, cielos y tierra, exclamaba el Profeta, de ver al hombre sumergido en errores y en tinieblas, al hombre

que no entiende ni conoce al hombre, rebotando orgullo y presuncion, sacrilegamente ocupado en examinar los caminos de Dios, en criticar su religion, en abolir la autoridad de su revelacion, en sacudir el terror de sus juicios, en disputar, segun la expresion de San Agustin, contra Dios sobre lo que quiere Dios del hombre, y sobre lo que el hombre debe á Dios: *Disputare de Deo contra Deum*. Este hombre, formado de tierra y lodo, mas frágil que la hoja que arrebatada el viento, tímido al principio al quebrantar la ley del Altísimo, alentado luego para multiplicar pecados; empeñado despues en resistir á la gracia, y sofocar la voz y los gritos de la conciencia; aletargado, finalmente, y sumergido en funesto sueño, victima sacrificada á la divina venganza, á quien temerariamente espera con una seguridad indolente, ó provoca con insensata intrepidez; este hombre mortal (pero ¿qué digo mortal, si apenas tiene tiempo para nacer?); este hombre mortal pone tanta diligencia en añadir pecados á pecados en el breve espacio que separa su cuna de su sepultura, que parece teme que se le pase ningun momento sin que injurie á Dios con el escándalo de sus ultrajes; sin provocar sus iras, sin avivar sus rayos, y sin hacer mas profundo el horrendo abismo de maldades y desesperacion, á donde apresuradamente corre á sepultarse. ¡Oh fatal engaño del mundo, oh veneno mortal de la concupiscencia, oh encantos perniciosos del infierno! ¿Es posible que hayais derramado en nuestro entendimiento tantas sombras, y destilado en nuestro corazón tanta malicia, que nos habituemos á mirar sin espanto el espectáculo del hombre opuesto á Dios, del hombre sublevado contra Dios?

4. Ved, oyentes, por donde debiéramos juzgar nosotros de nuestras ingratitudes; ved por donde juzgará Dios de nuestras transgresiones de su ley santa; ved porque esos pecados, que nada ó casi nada importan ponderados en la balanza del mundo y de las pasiones, hacen tanto peso en la balanza del santuario; ved porque ha sido necesaria la sangre de un Dios para borrar nuestras culpas. En efecto, la malicia del pecado que ofende, es proporcionada á la grandeza del Dios ofendido: siendo pues la grandeza de Dios una grandeza infinita, y siendo la malicia del pecado una malicia que excede á cuanto se puede escogitar, siguese, que no podria ser reparada sino por los méritos infinitos de un Dios Salvador. Esta es una verdad que, bien meditada y profundamente considerada, nos llenaria de un santo respeto y de un temblor saludable, y nos defenderia del ímpetu de las pasiones mas desenfrenadas. Arrebatado Abraham de un vivo sentimiento de la grandeza de Dios y de su propia bajeza, exclamaba: ¿Me perdonareis, Señor, si no siendo mas que polvo y ceniza,

tengo la osadía de hablaros? *Loquar ad Dominum meum cum sim pulvis et cinis?* No siendo yo pues tampoco mas que ceniza y polvo, ¿me atreveré, no digo á hablar á Dios, sino á hablar contra Dios, á resistir á Dios, á sublevarme contra Dios? Y ¿con qué pretextos coonestaré mi sedicion? acaso con lo difícil y doloroso de los sacrificios que pide? Pero cuando Dios me habla, ¿es tiempo de dar oidos á la voz de mi corazón y de mis apetitos? Y cuando arrebatada un Isaac del seno de un padre amoroso, ¿hace otra cosa que reintegrarse de sus propios dones? Y ¿qué podré yo darle que no sea suyo? Y si desprecio su amor, ¿podré librarme de sus venganzas? Y ¿no será mas intolerable tener á Dios por enemigo, que cuanta repugnancia puede causar á nuestra libertad reconocerle por Señor? ¡Ah! rindámosle sumision perfecta, obediencia ciega y total. Porque, ¿quién creará haber hecho demasiado, ni haber hecho lo bastante para Dios? ¿Quién sino quien no le conoce, pensará en disputarle sus obsequios? Con que la infinita grandeza de Dios nos enseña, cuan justo y necesario es servirle; su bondad infinita nos enseñará ahora como le hemos de servir.

5. Dícese comunmente, y parece verdad, que el origen de los desvarios del hombre es la ternura de corazón con que tan fácilmente se deja mover é impresionar de lo halagüeño de los objetos. El caduco incentivo de una humana hermosura, las apariencias de la grandeza y de la opulencia, el atractivo de un vano deleite, que provoca con sus falaces encantos, conmueven sus pasiones con tanta violencia, y las alteran tan impetuosamente, que alborotado y fuera de tino, hirviendo en bulliciosos deseos, se abalanza con todas sus fuerzas tras el objeto que le sedujo. No penseis, oyentes míos, que vengo á exhortaros hoy á que sujetéis vuestro corazón á las leyes de una razon austera y dominante: solo os ruego encarecidamente, que volváis la vista al objeto que yo os pondré delante; y dejad despues que obre vuestro corazón libremente; que si es compásivo, si es sensible, si es capaz de amar, estoy cierto de que no amará sino á Dios: confesará que solo Dios es amable, pues sola la bondad de Dios es acreedora á nuestro amor: *Nemo bonus nisi unus Deus*. MARC. x, 18.

Lo que entre los hombres produce las amistades, une las correspondencias, y gobierna la mano que dispensa los beneficios, es el capricho, la inclinacion, la semejanza de genios, de virtudes, y aun de vicios; y muchas veces la pasion y la extravagancia del entendimiento. El hombre se ciñe á un escaso número de amigos; y mira á todos los demas como extraños, indiferentes, y alguna vez como importunos y aborrecibles. ¡Hombres locos y miserables! en lugar de

captaros las simpatías de un hombre como vosotros, aspirad á conquistar el corazón de Dios! vuestro es si le quereis, y todo él está á vuestra disposición, aunque otros le poseen también todo entero; pues este inmenso é infinito corazón contiene y reúne en la unidad de su amor todas las edades y todas las naciones. Todo es obra de sus manos; todo objeto de sus cariños; el pobre y el rico; el vasallo y el monarca; el grande y el pequeño; el ingenio más torpe, y el entendimiento más elevado; el hombre de más defectos, y el de mayores prendas; hombres de todos caracteres, de todos estados, de todas condiciones; á tí, hermano mío, quien quiera que seas, á tí te ama Dios, que también ama á los demás; y el amor que les tiene no te priva á tí de su corazón, siempre que sepas merecerle por la docilidad á los llamamientos de su gracia: *Nemo bonus nisi unus Deus*. Los hombres buscan en todo su propio interés: aman en tí, no lo que eres, sino lo que puedes; no tu persona sino tus servicios; tu continua asistencia, tu condescendencia, tu actividad, y, más que todo, tu fortuna. Mas Dios nos ama, y solo nos ama por las prendas que ha infundido en nosotros, y nos las ha hecho propias y personales. Su amor es una propensión de ternura, una suave inclinación, en fuerza de la cual descende hasta nosotros. ¡Ay! ¿qué ve en nosotros que le merezca su amor? Él nos amó cuando todavía no existíamos; él nos amó cuando aun no le amábamos nosotros: *Prior dilexit nos*. Él nos amó cuando merecíamos toda su indignación; y si ahora somos acreedores á su amor, somos deudores á este mismo amor de todas las virtudes en que se funda nuestro mérito. Y ¿qué utilidad se le sigue de ser amado de nosotros? No busca por cierto nuestro agradecimiento á sus beneficios, siendo como es feliz sin nosotros, sino que le recibe como un tributo que de rigurosa justicia se le debe, no como un bien de que tenga necesidad: *Nemo bonus nisi unus Deus*. Los hombres son naturalmente insensibles y desprovistos de compasión. Pero no sucede así con Dios, dice el Apóstol, que es rico y liberal con todos los que le invocan: *Dives in omnes qui invocant illum*.

6. ¿Y qué se sigue de aquí? Procurad entenderlo, amados oyentes míos, y conservadlo siempre en la memoria. Siguese, que el culto que tributais á Dios, y el que exige de vosotros, es un culto de amor y de gratitud. Con efecto, si hubiera intentado Dios nuestro Señor que solo dominasen en nuestro corazón los afectos de temor y de esperanza, no necesitaba haber padecido y muerto por nosotros; bastábale solo haber hecho alarde de su grandeza. Aquel Dios, que pues intimaba el amor al pueblo judaico, le intima con mucha

mas razón al pueblo cristiano. No es este ya un Dios que revela sus iras, no ya un Dios que graba su ley sobre una piedra, ni un Dios que pone á las naciones las armas en la mano para castigar las ingratitudes de su pueblo; sino un Dios de paz, un amigo fiel, un salvador, un libertador, un padre benigno; es un esposo amorosísimo, un Dios que nace, un Dios que padece, un Dios que muere por nosotros. Al Dios de gloria y de majestad se le debe adoración; al Dios de fuerza y de poder se le debe obediencia y sumisión; al Dios de luz y de verdad un culto de fe y de docilidad; al Dios de los premios y castigos un culto de temor y de esperanza; al Dios de las virtudes y de la santidad un culto de alabanza y de imitación; al Dios que ama, que quiere ser amado y que es infinitamente amable, se le debe un culto de amor y de agradecimiento, un culto de ternura y de confianza, un culto de corazón, y de todo corazón, un culto de amor y de caridad, y una adoración de amor y de caridad. Sin este culto ni le dareis todo lo que pide, ni todo lo que merece. Sin este culto no solo es infructuoso el amor que os tiene, sino que es perjudicial; pues no solamente no os salvará este amor, sino que os condenará y reprobará.

Porque ¿quereis saber, oyentes, cómo nos ha de juzgar Dios en el último día? Juzgaráenos no solo según su justicia, sino también según su amor, y aun por su mismo amor. Verdad que al parecer promete mucho consuelo, porque después de haber sido en el discurso de esta vida mortal objeto de un amor tan tierno, tenerle por árbitro de nuestra suerte eterna, ¿qué cosa más dulce! pero verdad, que si la meditais bien, basta para llenaros de terror y espanto. Sí, amados oyentes míos, debiéramos temer menos, en cierto sentido, ser juzgados en el tribunal de la justicia de Dios, que en el tribunal de su amor. ¿Por qué? porque la justicia de Dios, si me es lícito explicarme así, se irrita principalmente contra los pecados; pero su amor se indigna hasta de nuestra tibieza é indiferencia.

Serán pues juzgadas (oidlo vosotros especialmente los que os preciáis de virtuosos, y entrad la mano en vuestro pecho), serán juzgadas según este amor puro y desinteresado esas almas viles y cobardes, con eterna afición al pecado, preparadas siempre á cometerle, si el miedo no reprimiese su servil concupiscencia.

Serán juzgadas según este amor esas almas tan linceas en hacer diferencia entre lo que es de consejo y lo que es de precepto, entre lo que Dios desea y lo que manda, entre lo que solo le desagrade y lo que le irrita; esas almas tan dispuestas á entregarse ansiosamente á los deleites cuando no sea pecado; esas almas, que en tanto temen

perder á Dios , porque saben que perdiéndole , se perderán ellas para siempre.

Serán juzgadas segun este amor benéfico, liberal y pródigo, esas almas que limitan su virtud á términos tan estrechos; esas almas, que cauteladas siempre contra los llamamientos de la gracia, ponen sumo cuidado en no querer saber lo que Dios les pide, para excusarse de ese modo del trabajo de concedérselo, y de la reconvencion de habérsele negado.

Serán juzgadas segun este amor alimentado con las lágrimas y sangre de un Dios crucificado, esas almas adheridas á su propio dictámen é idolatras de sí mismas, que profesan una devocion suave é indolente, fomentándola con los halagos del descanso, con el sueño, con la ociosidad, con las diversiones y placeres mundanos; esas almas que se contentan con adorar á Jesucristo sin imitarle, con llorar sus penas sin participar de ellas, con reverenciar la cruz sin cargarla en sus hombros; esas almas que se contentan con no pecar mas, sin acordarse de lavar los pecados pasados con los gemidos y rigores de la penitencia.

Serán juzgadas segun este amor generoso é intrépido, aquellas almas serenas y tibias, desnudas de celo por la gloria del Señor. Vemos perecer en nuestra presencia la fe, la honradez, las buenas costumbres; vemos esos mónstruos de escándalo, esos escándalos de impiedad y de irreligion; esos torrentes de impiedad, cuyas crecidas ondas revierten sobre toda la heredad de Jesucristo; vémoslo, y mirando con tranquilidad las revoluciones que amenazan, permitimos que la mentira calumnie á la verdad, que el vicio insolente se mofe de la vergonzosa modestia; descargamos en otros el cuidado de vindicar á Dios, á quien nos preciamos de amar; y quiera el cielo, que á la flojedad que tiene por virtud su indiferencia ó tolerancia, no añadais la ceguedad de reputar el celo por delito.

Serán juzgadas segun este amor sabio y perspicaz, esas almas devotas segun su capricho, que formándose un sistema de virtud, sin consultar mas que sus ideas particulares, parece quieren dar la ley á Dios en lugar de recibirla; almas que habituadas á vivir segun el Evangelio, en aquella parte solamente que se conforma con el dictámen de su engañada razon y con las inclinaciones de su corazón, no estiman por virtud ninguna cosa que violente sus inclinaciones, ó que repugne á su entendimiento.

Finalmente, Dios juzgará nuestros sentimientos por los suyos; nuestra conducta por la suya; nuestro corazón por el suyo; y este amor divino, que hoy es nuestro asilo, será nuestro soberano y

nuestro juez. A él se le ha dado todo poder sobre el cielo y sobre la tierra; Dios le ha hecho, mientras duré el mundo, depositario de las riquezas de su gracia, que con tanta abundancia derrama en nuestros corazones; pero en la consumacion de los siglos pondrá en su mano sus rayos y venganzas: si entónces no reconoce en nosotros sus propiedades y caracteres, le experimentaremos un amor tan justamente irritado, cuanto fué un amor despreciado y desconocido; y reducidos á desear que Dios nos hubiese amado ménos, quedaremos oprimidos con el peso de sus beneficios, mas que con el de su ira. ¡Oh! quiera el Señor, que este sagrado fuego no se encienda entónces en su cólera; y que arda en nuestros corazones ahora para consumir nuestros vicios y acrisolar nuestras virtudes! que desde ese altar donde abrasa un Dios que se ha hecho su víctima, prenda en nosotros, haciéndonos víctimas de ese Dios que se sacrifica por nuestro amor! En mi nombre, Dios de mi corazón, y en nombre de esos fieles vuestros, me atrevo á deciros, que os amamos, y que solo os pedimos amaros mas. Dignaos oír el deseo que habeis excitado en nuestro corazón.

PLAN SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Innumerables son los cristianos que se contentan con una sombra ó fantasma de religion, y se persuaden que, para salvarse, bastan algunas devociones superficiales hechas de corrida, y con un corazón apegado al mundo. J. C. nos dijo: que «no todos los que clamarán Señor! Señor! entrarán en el reino de los cielos.» Sabeis por qué Dios quiere que le adoremos; pero debemos adorarle, 1.º con pureza de intencion: 2.º con humildad profunda.

I. ¿Qué significa adorar á Dios con rectitud ó pureza de intencion? Significa, adorarle de un modo conveniente, de suerte, que la adoracion sea agradable á sus divinos ojos, con un culto sincero, interior, sin doblez, mentira, ni hipocresia; con un culto que consista principalmente en las disposiciones del corazón, puesto que de él, dice J. C., salen los adulterios, los homicidios y demás transgresiones de la ley. Esto os lo quiso significar el Salvador con estas palabras: «Dios es espíritu; y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y verdad.»

La rectitud de intencion lo es todo. El sacrificio de Cain desechado y el de Abel admitido; el incienso de Coré execrado y el de Aaron

aceptado; los gemidos de Saul no oídos y los de David escuchados, nos prueban hasta la evidencia, que en la disposicion interior consiste principalmente la bondad ó inutilidad de las obras.

El mismo Dios, en las santas Escrituras, nos pide el corazón: *præbe fili mi, cor tuum mihi*, Prov. xxiii, 26: á Moisés le mandó dorar la parte interior del arca antes que la exterior. David, en su oracion, decia á Dios: *paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*, PSALM. lvi, 8. ¿Donde están los verdaderos adoradores? *veri adoratores*? ¡Ay de los que se contentan con exterioridades! ¡Ay de los modernos fariseos, que son tan numerosos. Consúltese ISAIAS xxiii, S. MATEO xxiii.

II. El hombre, por un deber sagrado fundado en su misma naturaleza, debe adorar á Dios, exterior é interiormente. Esta adoracion, para que sea digna de Dios, debe ser profundamente humilde. La humildad mantiene al hombre en su baja esfera, y considera á Dios en su elevacion infinita: es decir, coloca en su respectivo lugar á estos dos seres infinitamente distantes; y es así como Dios quiere ser adorado.

¿Qué es la adoracion? Un acto de sumision profunda, por el cual reconocemos á Dios como autor de cuanto existe, como dueño absoluto de todos nosotros, como Ser dotado de infinitas perfecciones; es decir: es una declaracion y confesion de que él es Todo y nosotros somos nada. Adorar á Dios con humildad, es adorarle verdaderamente, como dice Jesucristo: *los verdaderos adoradores: veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate*. JOAN. iv.

ADORACION. — Todos debemos adorar á Dios: 1.º: porque le pertenecemos. 2.º: por los beneficios que nos dispensa.

ADORACION. — Debemos adorar á Dios: 1.º con recogimiento del corazón: 2.º con modestia del cuerpo. Adorarle sin recogimiento del corazón es hipocresía. Adorarle sin modestia del cuerpo es impiedad.

ADORACION. — Véase AMOR DE DIOS.

ADULADORES.

I.

Quid ergo baptizas, si tu non es Christus?
¿Pues cómo bautizas, si tú no eres el
Cristo?

(Joann. i, 25.)

No hay que confiar en los aplausos que el mundo nos prodiga en los sucesos prósperos. ¡Qué hombre se dejará arrastrar de las lisonjas de sus semejantes, oyendo con placer sus alabanzas, cuando, si bien se reflexiona, léjos de darle ellas motivo de engreimiento, deberian cubrirle de vergüenza! Si la virtud, á que justamente se tributan honores, se ve con frecuencia expuesta á los insultos de los mismos que antes la admiráran, ¿qué podrán prometerse los que por un vislumbre de prosperidad mundana son elogiados con los encomios debidos á la virtud de que ellos, casi siempre, están muy ajenos? El Evangelio de este dia nos lo enseña de un modo el mas elocuente.

El gran Consejo de Jerusalem dirigió una embajada solemne al santo Precursor de Jesucristo, que con feliz suceso predicaba la penitencia á las orillas del Jordán. Esta alma privilegiada con el olor de sus virtudes atraía las turbas, y con su voz imperiosa triunfaba de los mas obstinados pecadores, que, penetrados de un vivo dolor de sus culpas, le hacian una sincera confesion de ellas, le pedian el bautismo, y no pocos de ellos se constituian discípulos suyos. El supremo Senado, á quien tocaba examinar á los que se entremetian á predicar y explicar la ley al pueblo, envió al Bautista una diputacion compuesta de personas respetables, para que le preguntasen, si era él el Mesías, por cuya venida suspiraba el pueblo hebreo. ¡Qué sorpresa, hermanos míos, para una alma que no estuviese tan profundamente radicada en la humildad, como la del santo Precursor de Jesucristo! ¡Qué trastorno de ideas no hubiera causado en los ambiciosos,